



La aventura de bailar el mambo

Sealtiel Alatraste

Dos cosas marcaron el fin de mi pubertad: las piernas de mi prima Paty, y unas clases de baile que tomé por televisión. Llegaba a mis infaustos quince años con la temporada navideña del año 64. No fue, como muchos podrían creer, un final abrupto, sino un proceso lento y doloroso que se había iniciado el año anterior, cuando una niña me dejó bailando solo (si a mis movimientos se les podía llamar “pasos de baile”). Un amigo había organizado una posada para celebrar el fin de curso. Gran parte del 2do. A, del extinto Colegio Latino Mexicano, fuimos a nuestra primera posada sin piñatas ni tíos que cantaran la letanía para conservar “nuestras tradiciones”; la primera en la que habría ponche con piquete.

Muchos de mis compañeros asistieron con el traje de gala de la escuela, y aunque algunos se odiaban a muerte y se escupían la torta a la hora del recreo, al verse vestidos igualitos, se sentaron juntos, formando un grupo que se parecía al de la banda de guerra del colegio. Yo tuve la audacia (de la que me arrepentí a lo largo del año siguiente) de ir vestido con un suéter de grecas verdes, como los que usaba *César Costa* y sus *Black jeans*. Esa indumentaria rocanrolera, para mi infortunio, atrajo la mirada de una de las niñas que estaba sentada al otro lado del salón. Sergio Larios Santillán (que desde entonces ya era el último de la clase) me señaló a la incauta, y me sonreí con una mueca que más parecía de dolor de muelas que de sorpresa. Era rubia, pecosa, y se peinaba al estilo casco espacial, con ondas y remate achongado. Yo era muy tímido y no sé cómo me atrevía a atravesar la pista mirándola con una ceja a media frente. “Quiúbole”, le dije, “me llamo Enrique”. Ella me miró con los ojos técnicamente más coquetos que yo hubiera visto jamás, me tendió la mano y tuve la audacia estúpida de besársela, con lo que el resto de las niñas emitió un largo sonido de saliva pasando entre dientes.

A los quince minutos, cuando ya había cuatro o cinco parejas bailando, invité a la güera a seguirme. Mi falsa personalidad de don Juan se vino abajo con seis pasos de péndulo y un pisotón, la mirada técnicamente coqueta se deshizo en un mohín de dolor, y sólo alcancé a ver una boca abierta con cuatro muelas tapadas con pasta rosa.

“Discúlpame”, me dijo, “me acabo de cansar”.

El dolor que me dejó aquel desaire duró un año entero. Pude superarlo, ya muy tarde, cuando descubrí (porque en los exámenes finales le copié a Miguel Bosch) que era posible calcular la superficie de un dodecaedro a partir del ángulo y el coseno de uno de los triángulos internos de la mítica figura. “Si puedo resolver estas operaciones puedo aprender a bailar”, me dije al saber, por mis calificaciones, que me había salvado de ir a exámenes extraordinarios. No tuve la menor idea de cómo ni dónde aprendería a bailar, hasta que vi a Pilar Candell en su gustado programa *Revista Femenina*, que transmitía el canal 2 de diez a doce de la mañana.

Habían pasado tres semanas de vacaciones, yo seguía en ascuas con lo del baile, un poco angustiado y temeroso de que la güereja infame me volviera a plantar, cuando prendí la tele (no sé por qué no estaba patinando o jugando fútbol de alcantarilla) en el momento que doña Pilar anunciaba la gustada sección *Aprendiendo a Bailar con Arthur Murray*, y un maestro de bigotito a la Agustín Lara, pelo envaselinado, vestido de smoking, tomaba de la cintura a su pareja y nos decía que iba a iniciar las clases de paso doble. Una luz se hizo en mi cerebro: estaba solo en casa, nadie se reiría de mi torpeza, y tenía quince días antes de que se iniciaran las posadas. Me puse frente al televisor, y ora sí que paso a paso, empecé a seguir las indicaciones del maestro de baile. Tengo que decir que nunca fui un alumno brillante, pertenecía al grupo que mi madre llamaba del montón, los que sacábamos entre seis punto cinco y ocho, pero que como aprendiz de bailarín fui ejemplar: en un santiamén aprendí fox trot, paso doble, rock and roll, cha cha chá, y pude moverme al ritmo que me tocaran (dicho esto con el mayor de los respetos). Era casi un hombre nuevo. Casi, digo, porque faltaban las piernas de mi prima Paty.

Paty era hija de una hermana de mi madre, una niña de mi edad, a quien yo odiaba porque sacaba diez en todo y me la ponían de ejemplo las dos veces por año que iba a su casa: el día de las madres que nos reuníamos a comer con mi abuela, y en la tradicional posada familiar del 20 de diciembre. Aquel año fundamental de mi vida, seguía siendo la misma niña chocante de siempre, mientras yo, tratando de recuperarme de mis aflicciones

dancísticas, empezaba a sospechar que las mujeres eran tan problemáticas como la misma trigonometría.

Al finalizar la comida de madres, en uno de los tantos silencios que hacíamos para no despertar a mi abuela (quien roncaba sentada en la cabecera), decidimos ir a tomar un helado al *Yom Yom*. La última imagen que guardo de aquella tarde es la de mi prima Paty, sentada en un extremo de la mesa, entrándole como si nada a su *banana split*.

No la vi en los siguientes siete meses, y para mi sorpresa, para las Navidades estaba convertida en toda una mujercita (las palabras son de mi madre, se las dijo cuando llegamos a la posada y Paty nos abrió la puerta): se había pintado los labios, lucía unas discretas sombras en los párpados, y había cambiado las calcetas por medias y zapatos de tacón. Nunca antes me di cuenta de que sus ojos eran de un azul transparente.

La fiesta transcurrió como de costumbre, con recuerdos familiares, piñata para los niños, intercambio de regalos, y rezos de mi abuela. Yo me aparté para ir al baño, sin haber superado la impresión que me había causado mi prima (ni siquiera la había saludado de beso), cuando la vi a través de la puerta entreabierta de su cuarto. Se subió la falda, jaló un tirante y ajustó la media que se le había zafado. Tenía un muslo torneado, firme, y una pantorrilla tersa, que descendía como cascada hasta su tobillito. Escuché un derrumbe de años y durante cinco segundos tuve la certeza de que la historia había terminado. La pierna de mi prima Paty acabo por romper el hechizo de mi infancia. No recuerdo haber visto su cara ni su cuerpo ni nada, solamente la falda que dejaba al descubierto su pierna larga, las medias y la tirantera blanca inaugurando los años sesenta: la década de la ilusión.

A la hora del baile vi a Paty sentada entre sus hermanas. Me pregunté si ahora que ya era una mujercita seguiría sacando diez en todo. Habían puesto un disco. Trompetas, platillos, saxofones, “libre, taxi, libre, one, two, three, ughh”. Empecé a caminar hacia ella deseando ver sus ojos de mar. Más trompetas, timbales y gritos. ¿Había yo cambiado tanto, o mi barba incipiente y el acné disimulado con clearasil me anclaban a mi infancia? “Yo soy el ruletero, que sí, que no, el ruletero”. “¿Bailas conmigo Paty?”, le pregunté tendiéndole la mano. Se levantó mirando a sus hermanas, me tomó la mano y fuimos al centro de la sala. “Yo soy el Icuiricui, que sí, que no, el Icuiricui”. Hasta ese momento me miró a los ojos, puso ambas manos frente a sus pequeños senos y flexionó una rodilla. Yo pensé en su hermosa pierna, en el tirante que sostendría su media a pesar del ritmo que empezaba a poseerla, y en el tobillo del que viviría eternamente enamorado. Traté de recordar mis clases de mambo y me arrepentí de haberle pedido a mi padre que en Navidad me regalara una bicicleta

rodada 26. Vi como se empezaban a mover los hombros tiernos y las caderas redondas de mi prima, sentí que se endurecían mis rodillas, que se me nublaba la memoria, y que la eternidad se venía abajo al vaivén del mambo del ruletero del maestro Pérez Prado. ¿Había tenido alguna vez clases de mambo, o solamente aprendí a bailar danzón y cha cha chá? “Yo soy el Macalacachimba, que sí, que no, el Macalacachimba”.